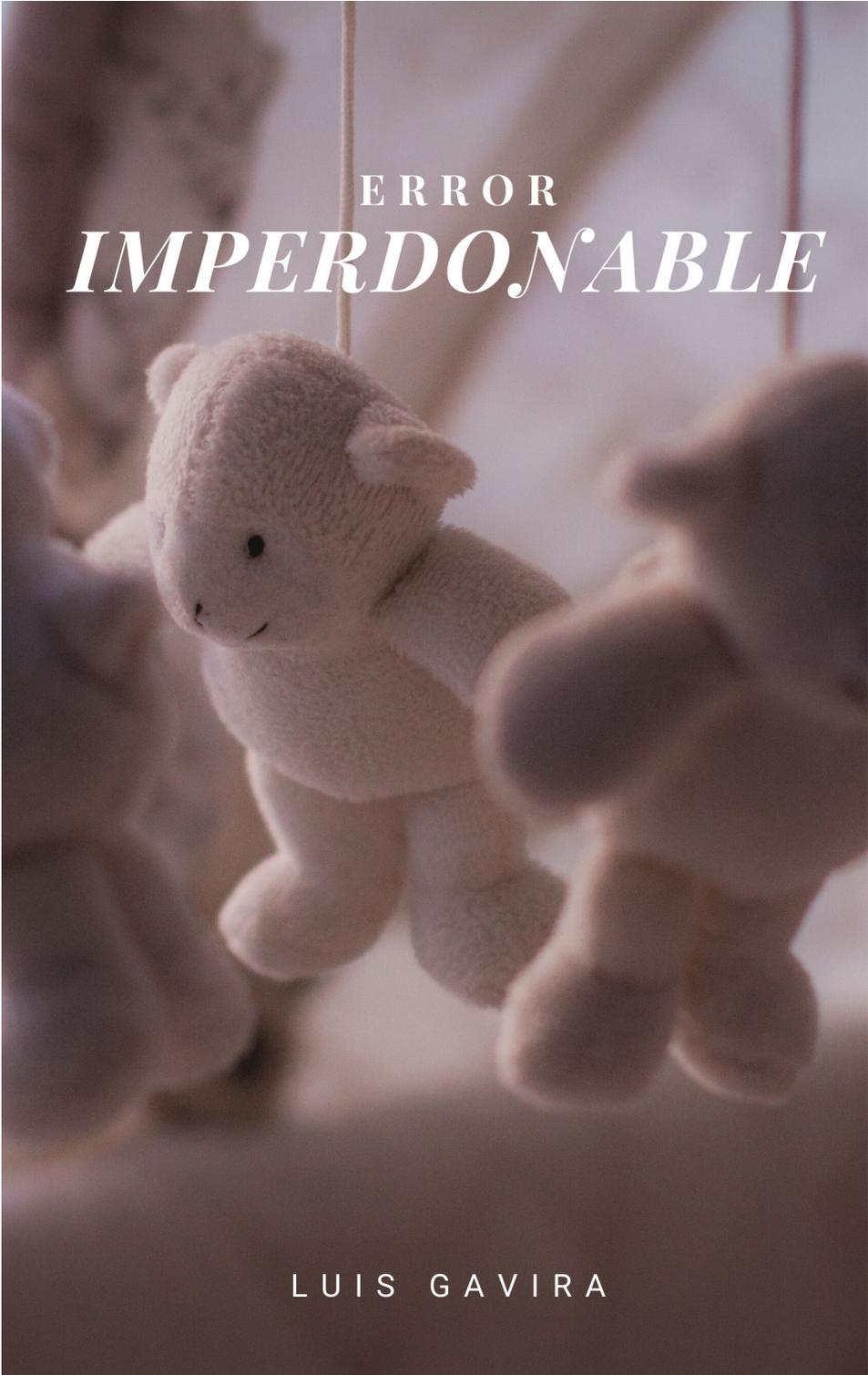


Error Imperdonable

Luis Gavira



ERROR
IMPERDONABLE

LUIS GAVIRA

Capítulo 1

Prólogo

El silencio reinaba en el piso como nunca antes había pasado desde que Noah llegó al mundo. Mario, acababa de apagar el grifo de la ducha y se dispuso a enrollar la toalla alrededor de su cuerpo desnudo. Apagó el altavoz inalámbrico que se encontraba conectado con su teléfono móvil tras haber estado escuchando a su grupo de música favorito mientras disfrutaba del baño.

—¿Noah? —gritó llamando al pequeño sin encontrar respuesta — ¡Noah ven aquí que tienes que bañarte!

El pequeño no solía poner ningún problema a la hora del baño pero eso cambiaba según el día. Cuando no tenía muchas ganas de bañarse, siempre se las apañaba para convencer a su padre de que primero se duchase él. Ese había sido uno de esos días y tras hacerle caso, tocaba cumplir con su parte del trato.

—¡Noah! —volvió a vociferar para llamar la atención del niño — Mira que como tenga que salir a buscarte me voy a enfadar —advirtió.

Estaba convencido de que al salir del baño se encontraría a Noah escondido debajo de una manta o escondido tras el sofá de dos plazas. Estas peleas eran constantes en su vida desde que mamá había encontrado un trabajo a media jornada. Lo malo es que la mayoría de los días tenía que cumplir con el turno de tarde y eso le dejaba a él al cargo del único hijo de la pareja. Mario, por suerte, solo trabajaba por las mañanas y se complementaban bastante bien. Su móvil comenzó a sonar y supo inmediatamente que se trataba de su mujer, Elsa. Aprovechaba cualquier hueco libre en su empleo para estar pendiente de Noah. Cualquiera hubiese dicho que no se fiaba de los cuidados que le podía dar Mario.

—¿Qué tal está el cangrejo? —preguntó sin tan siquiera saludar a su interlocutor.

—Bien, pero me temo que hoy dará la hora del baño.

—¿Aún no le has bañado? ¡Es muy tarde! —gruñir por todo era una virtud de su señora.

—Ya. Se nos ha hecho tarde jugando —estaba cansado de que cuestionara todo lo que hacía, aunque ya era costumbre.

—¿Le diste las medicinas? —continuó con el cuestionario sin atender a las excusas de su marido.

—Ahora se las iba a dar —en su interior sintió rabia por no poder decir que sí y dejarla callada.

—Por favor, Mario, esto no puede ser. Baña al niño y dale las medicinas antes de la cena como nos dijo la pediatra. Es que tengo que estar encima tuya y me estoy cansando.

—Está bien, te dejo que me llama el niño —mintió descaradamente para poder cortar la llamada.

Mario y Elsa llevaban unos meses bastante malos y su separación era más que inminente. No sabían a que estaban esperando pero el futuro de su relación estaba bastante claro. Justo antes de que Elsa se marchara al trabajo habían tenido una monumental bronca en la que terminó amenazándole con irse y que se llevaría al niño. Mario siempre le sacaba el tema de la custodia compartida y eso a ella le quemaba los nervios. Siempre había creído que Noah era de su propiedad y que él como padre debía tener menos derechos si llegaran a separarse. Le molestaba tanto que no se quisiese conformar con tener al niño en fines de semanas alternos que se lo tomaba como si le estuviera quitando a su hijo. Elsa ahora se encontraba en un buen momento pero era mentalmente bastante inestable. Acababa de pasar una depresión tras llevarse más de un año en paro. Esta situación afectaba a toda la unidad familiar porque el sueldo de Mario tampoco es que fuera gran cosa, aunque lo suficiente para pagar las facturas e ir tirando.

Cuando colgó el teléfono terminó de secarse pasando la toalla por todas las partes de su cuerpo. Alargó el brazo para alcanzar el desodorante de roll-on que tenía en la segunda balda del mueble del baño. No solía llevarse la ropa al cuarto de baño, excepto la ropa interior, pero la puerta de su habitación se situaba justo enfrente. Abrió la puerta y rápidamente recorrió los escasos metros que separaban ambas habitaciones de la casa para terminar de vestirse. Estaban en pleno mes de octubre y el frío ya comenzaba a hacer acto de presencia. Eligió un pijama de entretiempo, de manga y pantalón largo de color gris. Finalmente se puso las zapatillas que estaban a su lado de la cama. Ya estaba listo para comenzar el juego de Noah y convencerle hasta la extenuación de que se no tenía sentido la pataleta porque finalmente se iba a bañar.

—¿Noah? A ver, a ver, dónde estará este niño —comenzó a decir como cada vez que jugaban al escondite pero ya las cosas empezaban a parecerle extrañas. Normalmente cuando decía estas frases se escuchaba la risa del pequeño desde su escondite, que siempre solían ser los mismos —. ¿Noah? ¿Dónde estás? —siguió con el tono que solía emplear

en el juego.

Lo primero fue mirar debajo de la mesa grande del salón aunque ya intuía que esta vez no había escogido ese escondite. Cuando llegó a los sofás, se dio cuenta de que todas las mantas seguían dobladas, así que no las estaba usando para esconderse. Ya solo le quedaba mirar detrás del sofá. Fue lentamente mientras continuaba preguntando en voz alta "¿Dónde estará, dónde estará?". Normalmente le sorprendía y ambos se reían pero en esta ocasión el sorprendido fue él. No había ni rastro de Noah tras el sofá y ya eso empezaba a gustarle bastante poco. Dejó el juego y el tono que empleaba para llamar a Noah era algo más serio. Fue hasta la cocina, donde nunca se solía esconder pero era uno de los pocos sitios que le quedaba por mirar. Nada. Tras inspeccionar su habitación y la de matrimonio, los nervios comenzaron a apoderarse de él. Gritaba aún más fuerte el nombre de Noah y fue hasta el pasillo que le llevaba a la entrada de la casa. Abrió la puerta intermedia y el mundo se le calló por completo. La puerta de la calle estaba entornada, dejando claro que alguien la había abierto. Comenzó a bajar las escaleras desde el tercero hasta el portal. Al no encontrar ni rastro, hizo el camino ascendente, llegando hasta el quinto y último piso. Volvió a casa para dar un nuevo vistazo por si solo la hubiese abierto sin más pero se hubiera quedado dentro. Miro debajo de las camas, desbarató cada rincón de la habitación hasta dejarla como si acabara de pasar un tsunami. Noah no estaba y empezaba a darse cuenta de que había cometido el mayor error de su vida. Elsa siempre le decía que antes de meterse en la ducha echara la llave de arriba porque el niño ya sabía abrir la puerta pero en esa ocasión se olvidó de hacerlo. Las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos temiendo haber cometido un error imperdonable.

Capítulo 2

Amanecía una hermosa mañana de verano, aunque los días para que éste acabara estaban contados. Había llegado septiembre y pronto tendrían que volver a la rutina. Teo iba a empezar ese año la escuela y Mario acababa de conseguir un puesto de trabajo de administrativo en una pequeña empresa del pueblo en el que vivía desde hacía más de diez años. Nina era la única que no disfrutaba de unas vacaciones ya que el trabajo en el bar debía aprovechar los tres meses del verano para hacer caja. Se adaptaron bastante bien a la situación y esperaban con ansias que terminara su contrato para poder hacer una escapada los tres juntos por primera vez. Los años anteriores, pensaban que Teo aún era bastante pequeño. Ahora tenía tres años e iba a disfrutar de lo lindo del todo incluido que habían conseguido a bajo precio en una localidad costera vecina.

Mario fue el primero en levantarse y, como cada mañana, fue hasta la cocina para preparar el desayuno, dejando al resto de la familia descansando en la cama. Sabían que ya era hora de pasar a Teo a su propio cuarto pero no les molestaba que durmiera con ellos, salvo cuando acababan todos en la cama de matrimonio. Puso la cafetera a andar para preparar el café y cortó el pan para las tostadas. Algunos amigos le tachaban de antiguo pero odiaba esas máquinas de café de capsulas y seguía haciéndolo con la cafetera de toda la vida. Terminó de poner la mesa con el tomate recién triturado, aceite, mantequilla, jamón york y todo lo necesario para empezar la mañana con buen pie. Antes de calentar la leche y servirla en el café, fue a despertar a los dormilones que aún seguían disfrutando del sueño en la cama. Primero despertó a Nina con un beso en la frente, que bastó para hacerle abrir los ojos. Juntos comenzaron a despertar a Teo, una tarea algo más difícil. Tenía un sueño profundo y podía caer una bomba a su lado que nada lo despertaba. Les dio tanta ternura que decidieron dejarle dormir un poco más mientras ellos desayunaban tranquilamente. Nina llegó hasta la cocina seguida de Mario y, mientras ella tomaba asiento, él sirvió el café. Sabía que a Nina le gustaba corto de leche y sin azúcar pero siempre esperaba a que ella le diera la indicación para parar de echar la leche. La mujer de treinta y cinco años, cinco menos que Mario, tenía cara de cansada y es que en el restaurante aún había mucho movimiento, pese a haber acabado el mes de agosto.

—¿A qué hora llegaste anoche? —preguntó él. siempre esperaba a que llegase para acostarse pero el día antes no pudo resistir el sueño.

—A las dos... Se sentó una mesa de cuatro a las doce y media y Tomás —su jefe —, no supo decirles que no —dijo poniendo los ojos en

blanco cansada del mismo tema todos los días.

—¡Menudo pesetero! Seguro que le hacía falta una mesa más para hacer caja... Es que es un mamarracho —le indignaba la actitud del jefe de su mujer y no podía evitar que le molestara esos hechos, que para nada eran aislados.

—Bueno, quedan trece días más y estaré libre —quiso ver el lado positivo de las cosas.

—Si hubiera encontrado el trabajo antes no te hubiera dejado estar todo el verano en ese sitio —lamentó él.

—Nos vendrá genial el dinero hasta que cobres el primer sueldo.

Continuaron con la conversación mientras devoraban las tostadas que había preparado cuando escucharon los pasos de unos pequeños pies. De pronto, éstos cesaron y la pareja se miró de manera cómplice. Sabían perfectamente que Teo estaba escondido tras la puerta de la cocina esperando a darles un susto. Cuando ambos miraron hacia la puerta, apareció el pequeño de cabellos negro como el de su padre. Teo era una fiel réplica en miniatura de su progenitor y a Nina no le gustaba que estuvieran todo el día recordándose, pero tampoco podía negar que así era. Tras el intento de susto, corrió hacia los brazos de su madre fundiéndose en un tierno abrazo. Para Mario esa reacción era bastante normal, llevaba sin ver a su madre desde el día anterior y la echaba mucho de menos. Por las tardes solía preguntar mucho por ella pese a que él trataba de tenerlo entretenido en todo momento.

—¿Te apetece una leche con cacao Teo? —preguntó Mario y rápidamente se levantó para hacerlo, pues sabía que la respuesta sería afirmativa.

Mientras él le calentaba la leche en el microondas, Nina le fue untando mantequilla en una de las tostadas. Mario pudo ver en el reloj del electrodoméstico que eran solo las diez y media de la mañana y que aún tenían un par de horas hasta que mamá se tuviera que ir a trabajar. Aprovechando que ella estaba allí, quería regar un poco el jardín delantero que lo tenía algo olvidado. Al comunicarle su idea a su esposa, se dispuso a la tarea mientras dejaba que ellos terminaran el desayuno.

Subió a la habitación para quitarse el pijama y ponerse una ropa más cómoda, a la vez que antigua para trabajar en el jardín. Listo para la tarea, bajó directamente hasta la puerta de entrada y, al llegar al jardín, enchufó la manguera al grifo. Una voz masculina bastante grave le dio un buen sobresalto.

—¡Buenos días vecino! —se escuchó desde el otro lado de la valla.

—¡Qué susto! Buenos días Carlos. No te esperaba —dijo cuando deparó en la presencia de su vecino de al lado.

Tuvieron la típica charla sobre el tiempo y poco más hasta que el hombre se despidió para volver a entrar a su casa. Mario siguió con su tarea sin centrarse demasiado en los detalles. Quería volver cuanto antes a la casa para aprovechar el poco tiempo que podía estar Nina con ellos. Apagó el grifo y enrolló la manguera lo mejor que pudo para evitar los nudos. Estaba listo para volver a reunirse con su familia cuando en su Smartband apareció un aviso. Tenía un evento próximo apuntando en el calendario. Faltaba un mes para el décimo aniversario de la desaparición de su primer hijo, Noah.

Capítulo 3

Limpió sus lágrimas con agua de la manguera y se recompuso todo lo posible antes de volver a entrar en la casa.

—¡Mario! Vamos a jugar al Tragabolas, ¿Vienes? —escuchó la voz de su mujer invitándole a unirse a ellos.

—¡Ya voy! —exclamó intentando ocultar su voz quebrada.

Mario había renunciado a su anterior vida cuando se mudó de ciudad y dejó todo atrás. Quiso hacer desaparecer a su otro yo, como si se hubiera ido a la vez que Noah. En su actual vida, no existía el drama que tuvo que vivir hacía diez años atrás. Al dolor por la desaparición de su hijo, hubo que sumarle que se convirtiera en el principal sospechoso. Estuvo día tras día vigilado por la policía y enfrentándose a durísimos interrogatorios con al intención de hacerle confesar algo de lo que no era culpable. Así se fueron completando meses y, con los meses, años. Fue dos años después cuando pudo huir de aquella pesadilla y poner tierra de por medio. Aún así, supo que la policía le siguió los pasos y continuó en vigilancia en su nuevo hogar. Cuando todo quedó atrás, conoció a Nina y no quiso revivir aquel episodio, no en ese momento que ya estaba muerto. Cada año, volvía a la ciudad para poner flores en un sitio especial para él y su hijo. Aquel bosquecillo al lado del lago, con un merendero y una portería en la que pasaron tantas tardes jugando. Para que Nina no se enterara, inventó que aquel día era el cumpleaños de su madre y lo usaba como excusa para desplazarse hasta allí. La señora Catalano estaba en una residencia desde hacía cinco años mientras la maldita enfermedad se la iba comiendo poco a poco. Fue un mazazo para Mario saber que su madre padecía de alzheimer, aunque por un lado se alegraba que ella si pudiera olvidar por completo la desaparición de su nieto. Quedó destrozada con todo lo que sucedió y lo que vino después, un golpe del que jamás se recompuso.

Respiró hondo antes de abrir la puerta principal del domicilio y reunirse en el salón con su mujer y Teo, que ya estaban peleándose duramente por ser el que más bolas hiciera tragar a su hipopótamo. Estaban sentados en el suelo y Mario se tiró con ellos para unirse a la diversión. Observó la escena con tanta alegría que una lágrima escapó de sus ojos.

—¿Y eso? ¿Qué te pasa? —preguntó Nina al darse cuenta.

—Nada —dijo recomponiéndose—. Que soy tan feliz que me emociono. Os quiero tanto —y dicho esto.

—Nosotros a ti también, tonto.

Pero el bonito momento no pudo alargarse mucho más en el tiempo porque Nina debía empezar a prepararse para ir al trabajo. Teo se cansó pronto del juego y pidió con insistencia a su padre que le pusiera dibujos animados en la televisión. Le hizo caso y aprovechó que estaba entretenido para recoger los platos sucios del desayuno. También abrió la nevera en busca de algo que le pudiera servir para preparar el almuerzo. Terminó de hacer sus quehaceres y se reunió con el chico en el salón. No le gustaba dejarle solo mucho tiempo porque era muy inquieto y si se levantaba del sofá sin que se diera cuenta, podría encontrarse cualquier cosa al llegar a la sala. No le dio tiempo a tomar asiento cuando oyó la voz de Nina llamándole desde el cuarto de baño.

—Voy a ver qué quiere mamá, sigue sentado viendo los dibujos campeón.

Comenzó a subir las escaleras pero solo había conseguido superar un par de peldaños cuando un escalofrío recorrió su espalda. Volvió a bajar y fue hasta la puerta principal. Echó la llave de arriba retrocedió sobre sus pasos para, ahora sí, ver qué es lo que quería su mujer. Después de lo de Noah, ese gesto se había quedado grabado en su interior y es que dicen que de los errores se aprende, aunque él lo tuvo que hacer de la manera más dolorosa. Llegó al baño y llamó a la puerta antes de entrar, solo por no asustar a Nina que tenía la música a toda pastilla.

—¿Me puedes traer una toalla pequeña del segundo cajón de la cómoda del cuarto? —le pidió mientras ponía cara de pena para que no pusiera pegas por no haberse acordado ella misma.

Mario se limitó a sonreír y completar la misión que le acababa de encomendar.

—¿Necesita algo más la señora? —ambos rieron y Mario volvió a bajar las escaleras para ir a la cocina.

Lo primero que hizo al alcanzar la planta baja fue asegurarse de que Teo seguía viendo sus dibujos animados, y respiró tranquilo al comprobar que así era. Puso rumbo a la cocina y sacó los ingredientes que le iban a hacer falta para preparar carne en salsa, una de sus especialidades. No es que se le diera especialmente bien la cocina pero tenía dos o tres recetas claves a las que le tenía cogido el truco. Mientras cortaba la verdura, Teo iba haciéndole pequeñas visitas para ir comentándole, a su manera, lo que pasaba en la serie que estaba viendo. Terminaba de pelar una zanahoria cuando Nina le sorprendió por la espalda, ya ataviada con su ropa de trabajo.

—¿Otra vez carne en salsa?

—Al niño le gusta.

—¡Eres mi desastre favorito! —rió y se lanzó a besarle el cuello.

—¿Qué pasa? Me sale genial —no entendía la crítica, solo la hacía una vez en semana, aunque siendo sinceros, quizás eran dos.

—¿Vendréis luego a recogerme al trabajo? —Nina tenía turno partido por lo que Mario y Teo iban a verla y daban una vuelta por el centro del pueblo durante su rato libre.

—Seguramente estemos un rato en el parque y luego pasemos a por ti.

Teo intervino en la conversación y se lanzó a los brazos de su madre que comenzaba a despedirse de ellos. Mario supo que ese era el momento perfecto para recordarle su viaje.

—Nina, ¿Podrías avisar a tu madre para que pasado mañana se quede con Teo? No sé si te acuerdas pero es el cumpleaños de mi madre y me gustaría hacerle una visita como cada año.

—Sí, se lo digo —la verdad es que no se acordaba pero sí había notado que Mario estaba más alicaído esos días. Pasaba cada año y aún no se acostumbraba a ello —. ¿No prefieres esperar y que te acompañemos?

—No, de verdad. Mi madre no se acuerda de mi y no suele ser una situación agradable para que Teo la viva.

—Como quieras —le dio un intenso beso en el cachete para que supiera que ellos estarían con él en todo momento.

Nina miró al reloj, se dio cuenta de que iba tarde y las prisas se apoderaron de ella. Le soltó a Teo en los brazos y salió pitando hacia el mueble de la entrada para coger sus llaves y meterlas en la mochila. Le dio un beso a sus hombres, que la miraban desde el pasillo y corrió hacia la puerta, la cual no pudo abrir de una vez al estar la llave echada.

—¡Joder con la manía de echar este cerrojo! —exclamó mientras lo quitaba, desbloqueando la puerta por fin.

Era tan paradójico que su ex mujer le odiara por no haber echado el pestillo y que la actual se enfadara por hacerlo.

Capítulo 4

Harto de dar vueltas en la cama, se rindió, abandonando el lugar para no despertar a Nina ni a Teo que ya había conseguido hacerse un hueco en la cama de sus padres. Bajó las escaleras y avanzó hasta la cocina donde preparó el café. Le vendría bien tomar una taza y lo dejaría preparado para cuando Nina despertara. Ese día no iba a poder darles los buenos días porque partiría hacia la ciudad muy temprano. Tenía unas cuatro horas de camino hasta llegar a su antiguo hogar y no quería regresar demasiado tarde para que Teo no tuviera que hacer noche con la abuela. Aún era temprano para salir a la carretera, le daba tiempo a desayunar pero tenía el estómago cerrado. El café le vendría bien para despejarse y tener algo en el estómago.

Mientras tomaba asiento en la mesa de la cocina, las imágenes de aquel fatídico día de hacía diez años se iban viniendo a su cabeza. La desesperación mientras buscaba al niño por el edificio, las visitas a los vecinos y la llegada de la policía. El momento en el que avisaron a Elsa y cuando llegó gritándole a la policía que él era el culpable y poniendo en tela de juicio que le hubiera hecho algún daño a conciencia al niño. Aquella noche la pasó casi por completo en la comisaría declarando lo mismo una y otra vez. En esos momentos, el ambiente de los interrogatorios eran distendidos, simplemente pidiéndole que recordara cosas y que no se saltara ningún detalle que pudiera ser importante. A medida que el tiempo pasaba y el caso se convirtió en portada de todos los medios nacionales, la policía se iba poniendo más y más nerviosa. No tenían hilo de donde tirar y la mala situación sentimental entre los padre sera en lo que se basaron para intentar hacer cargar con las culpas a Mario. Tuvo que buscarse un abogado porque temía que en cualquier momento le acusaran formalmente y llegaran a juzgarle pero nunca sucedió. La falta de pruebas en su contra impedía a la policía llevarle hasta el juez y por ello continuaron siguiéndole años después de que todo sucediera. Mario no se había dado cuenta pero las lágrimas salían automáticamente de sus ojos sin control y con bastante frecuencia. Miró el reloj de la cocina y vio que ya eran las 6:30 de la mañana. Había terminado su café pero se sirvió una nueva taza antes de comenzar a prepararse para el viaje.

Sacó del armario unos tejanos de color oscuro, una camiseta básica negra y una chaqueta del mismo color que cogió por si hacía frío en las primeras horas de la mañana. Dio un beso a Teo y luego otro a Nina, que se despertó sobresaltada.

—Perdón, no quería despertarte —se disculpó inmediatamente al darse cuenta de que Nina tenía los ojos abiertos.

—¿Qué hora es? —preguntó ella con la poca voz que le permitía sus cuerdas vocales recién despertada.

—Casi las siete, aún podéis dormir un rato más —le contestó mientras le acariciaba la cabeza.

—¿Ya te vas? —quiso saber ella.

—Sí, me visto y me voy.

—Ten mucho cuidado en la carretera y avísame cuando llegues —le pidió antes de darle otro beso y volver a acurrucarse para aprovechar el tiempo de sueño que le quedaba.

Salió de la habitación con toda la ropa en el brazo y los zapatos en la otra mano, cerrando como pudo la puerta a sus espaldas. Se vistió en el salón para no perturbar más el sueño del resto de la familia y dejó bien doblado el pijama en una de las sillas de la mesa del comedor. No tenía nada más que hacer y retrasar la salida no serviría de nada, así que fue hasta la puerta de entrada y cogió las llaves del coche.

El camino se le hizo mucho menos duro de lo que recordaba y casi sin darse cuenta estaba pasando por el puente de entrada a la ciudad. Como cada año, un sentimiento de incomodidad se apoderaba de él al pisar el suelo de aquel sitio. Cada lugar que recorría le recordaba a Noah y no le gustaba mucho alargar su visita. No estaba en sus planes pero el estómago le rugía de manera exagerada, así que tuvo que hacer una parada para desayunar. Aparcó en uno de los parking del centro para no tener que mover el vehículo más hasta emprender el regreso a casa. No se puso muy exquisito y entró en el primer bar que vio al salir del parking, sentándose en la barra mientras esperaba a ser atendido. Fue bastante rápido porque solo pidió media tostada y un café. No se demoró ni quince minutos y tras pagar la cuenta, supo que tenía que andar unos diez minutos hasta llegar a la floristería. Aún quedaban unos minutos para las doce de la mañana y ya estaba preparado para ir al lugar en el que depositaría las flores en memoria de Noah, el peor trago de aquel día. Comenzó a andar y se encontraba ya a pocos metros del bosquecillo cuando la sensación de estar siendo observado le sobrevino. Miró para todos lados para cerciorarse de que era solo una impresión suya del momento y así fue. No era la primera vez que le ocurría y siempre pensaba que era algo que le había quedado después de tantas vigilancias a las que se vio sometido por la policía. Continúo pero aún más incómodo que antes, aunque no quiso que su sugestión le empañara su particular homenaje a su primogénito. Llegó hasta el lugar justo en el que solían jugar a la pelota. Se sentó en el mismo banco desde el que solía ver a su hijo inspeccionar la naturaleza que les rodeaba en aquel refugio verde dentro de una gran metrópolis. Era imposible conseguir que las lágrimas no salieran en el momento en el que depositó las flores donde siempre lo

hacía. Había un par de personas paseando pero le dio igual, para él estaba solo en esos momentos. Le costó pronunciar las palabras que quería decir pero finalmente lo hizo.

—Perdóname Noah. Te quiero.

Capítulo 5

Cerró la puerta tras de sí al llegar a casa. Eran las 19:00 y había tardado algo más porque aprovechó para hacer una visita al cementerio en el que descansan los restos de su padre. Se sentía extraño y con la misma horrible sensación de estar siendo observado en todo momento. Estaba convencido de que se trataban de paranoias suyas y más en un día como ese pero las casualidades no hacían más que hacerle ver fantasmas. Un coche le seguía durante todo el camino, sin ninguna intención de adelantarle, aún yendo él bastante lento por la autovía. La misma casualidad hizo que ambos pararan en el mismo área de servicio, aunque no vio a nadie bajarse del coche. Las dudas se disiparon cuando, al tomar el desvío para su pueblo, el coche siguió hacia adelante. Se sintió estúpido una vez más por haber pensado que alguien le estaba siguiendo. Habían pasado diez años y ya no estaba en el punto de mira de la policía. El caso de su hijo Noah estaba parado y si hubiera aparecido algún indicio nuevo deberían de avisarle, les gustase o no. Era su padre y tenía todo el derecho a estar informado sobre cualquier movimiento en el caso.

Anduvo hasta el salón y allí se encontró con Teo saltando en el sofá mientras la abuela Rita veía la novela en la televisión. El pequeño se dio cuenta de que su padre acababa de llegar y dio un salto del sofá al suelo que casi acaba en tragedia. Corrió hasta sus brazos y le plantó un enorme beso en la frente, algo que provocó las risas inmediatas tanto de la abuela como del propio Mario. Rita se levantó del sofá y saludó a su yerno con un par de besos, poniéndole al día de cómo se había portado el pequeño durante su ausencia.

—Hijo, el niño no ha querido comer nada. Apenas ha probado un par de cucharas de las lentejas y no ha querido merendar por más que le he ofrecido —comenzó a decir Rita.

—¿Y eso? —preguntó a Teo extrañado.

—Es que a mi no me gustan las lentejas, yo quería macarrones —si algo tenía claro en esta vida Teo era lo que le gustaba y lo que no.

—Así ha estado todo el tiempo mientras intentaba darle de comer las lentejas. Por cierto, han sobrado muchas por si quieres cenar algo calentito, deberás estar cansado de tanto viaje. ¿Qué tal tu madre?

—Normal, yo la he visto normal pero los médicos me comentan que cada vez va a peor —mintió descaradamente para preservar su coartada.

—Vaya hijo, lo siento mucho. Maldita enfermedad.

Estuvieron hablando unos minutos más hasta que la mujer se despidió de ellos. Mario se ofreció a acercarla a su casa pero ella se negó para que no tuviera que sacar al niño de casa. Aún no estaba muy oscuro y su casa estaba a un cuarto de hora andando. Cuando cerraron la puerta a la abuela, padre e hijo se miraron con toda la complicidad del mundo.

—¿Quieres esos macarrones para cenar?

—¡Siii! —exclamó el niño lleno de alegría y dando brincos encima de los brazos de Mario, el cual estaba partido de la risa.

Rita no era la abuela más permisiva del mundo, si había hecho lentejas nada la iba a mover de su idea de que el niño se las comiera. Quizás otra persona hubiera desistido, haciéndole los macarrones al niño para no tenerlo sin comer todo el día pero ella era así. Fueron juntos hasta la cocina y sentó a Teo en la encimera mientras él llenaba de agua una de las ollas en el grifo.

—¿Por qué no has querido merendar?

—No me gustan las lentejas —dijo enérgicamente y de nuevo provocó un aluvión de carcajadas en su padre.

Jamás pensó que volvería a reír en un día como ese pero es muy cierto eso que dicen de que un niño trae mucha felicidad a una casa. Antes de conocer a Nina, pasaba ese día en la cama, llorando desconsoladamente. Una vez la conoció, debía mostrar más entereza aunque no podía evitar estar triste. Desde que Teo estaba en su vida, debía hacer de tripas corazón y estar al 100% para que él no notara a su padre raro. Jugaron a piedra, papel o tijera mientras se cocían la pasta y pusieron la televisión de la cocina con el canal de dibujos favorito de Teo. Pocos minutos después, estaba sentado delante de su plato de macarrones y él se sirvió una ración generosa de las lentejas de su suegra. Cuando Teo vio el plato de su padre hizo una mueca de desaprobación pero no se quejó porque ya estaba feliz con su comida. Mario terminó mucho antes que Teo, que estaba saboreando cada bocado como si fuera el último. Cuando terminó, ambos se sentaron en el sofá hasta que Teo le pidió a su padre ir a la cama y que el contara un cuento. Subieron juntos y antes de ir a la habitación de matrimonio, pasaron por la del pequeño para escoger el libro que quería para esa noche. Se decantó por su libro de Toy Story el cual llevó bajo el brazo con toda felicidad hasta la cama, mientras que Mario iba al servicio. Una vez se encontraron acomodados en la cama, Mario empezó a narrar la historia. No habían pasado ni tres páginas cuando la fuerte respiración de Teo le hizo saber que se ya estaba dormido. Le tapó con la fina sábana porque la noche estaba fresca y bajó las escaleras para ir hasta el salón, donde vería un capítulo de su serie favorita. Pronto las consecuencias de haber dormido poco y el cansancio del viaje hicieron acto de presencia y Mario comenzó a roncar con la boca

abierta en el sofá.

—¡Ahhhhhhhhhh! —el grito de terror que le acababa de despertar provenía de la planta de arriba.

Se levantó de un brinco del sofá y subió los escalones de tres en tres hasta llegar hasta la habitación. Teo lloraba desconsoladamente escondido bajo la sábana. A Mario el corazón le iba a mil por horas pero se relajó al ver que el niño estaba bien.

—¿Qué pasa Teo? —preguntó mientras se sentaba a su lado en la cama.

—Un fantasma... He visto un fantasma ahí —dijo señalando a la ventana.

—Ha sido una pesadilla mi amor, no hay nada ahí, los fantasmas no existen —le consoló mientras le acurrucaba en sus brazos para que volviera a conciliar el sueño.

—Lo he visto, era una sombra grande y fea. ¡Era un fantasma! No me dejes solo aquí —suplicó el pequeño que estaba convencido de lo que acababa de ver.

Mario decidió bajar con él y que durmiera en el sofá a su lado hasta que llegara Nina y juntos se fueran a la cama. Su hijo veía muchos vídeos en YouTube de bichos y fantasmas, aunque no le gustaba que lo hiciera y cada vez que los veía, los bloqueaba. Alguna vez se había sobresaltado pero no como en el día de hoy. El grito fue de auténtico terror, tanto que por un momento pensó en si el chico estaba diciendo la verdad.

Capítulo 6

Amanecía un nuevo día en el hogar de los Catalano y, como ya iba siendo costumbre, Mario fue el primero en abrir los ojos. Se despertó con la sensación de haber dormido mucho más de lo que lo había hecho y se encontraba bien descansado. Solo tenía el vago recuerdo de un extraño sueño, nada agradable, pero que no lograba recordar a la perfección. Se quedó sentado en la cama un rato mirando el móvil, hasta que una mano en su espalda le provocó un vuelco al corazón.

—¡Hostias! —exclamó mientras se llevaba la mano al corazón.

—¿Te he asustado? —preguntó Nina sin poder evitar que se le escapara una risa.

—Encima no te rías, casi me matas de un susto —le replicó él.

Nina no quiso seguir durmiendo y juntos fueron a preparar el desayuno mientras dejaban a Teo descansar. Tuvieron suerte de que no volvió a tener ninguna pesadilla y el resto de la noche la pasó entre ronquidos, aunque tuvo que ser sin despegarse de sus padres. Hablaron sobre el tema mientras Mario preparaba el café y Nina cortaba el pan del día anterior para meterlo en la tostadora.

—Te he dicho muchas veces que estés pendiente de lo que el niño está viendo en la tablet y que no le dejes poner el YouTube normal, solo la versión para niños —comenzó a reprocharle.

—No me di cuenta de que viera algo raro mientras estuvo conmigo. Quizás mientras estaba con tu madre... —se justificó él.

—Me da igual quien ha sido. Eres su padre y tienes que estar atento a esas cosas para que el niño no viva situaciones como la de ayer —el tono de la conversación iba en ascenso.

—¡Es injusto Nina! Me llevo todo el día con el niño, hago todo lo mejor que puedo y parece que nunca hago nada bien —contestó bastante enfadado.

—Pues si veo que algo haces mal, tendré que decírtelo. Vamos digo yo.

—Estaría bien que de vez en cuando también me dijese lo que hago bien.

Mario no tenía ganas de empezar así la mañana, así que tomó su café y se fue hasta el salón para estar solo. Nina intentó frenarle pero luego se dio cuenta que quizás lo mejor era darle un respiro y dejar que se tranquilizara. Así lo hizo, y, pasados unos minutos, fue al salón para verle.

Se sentó a su lado y pasó el brazo por encima de sus hombros para darle un abrazo.

—Perdóname, ya sé que no fue culpa tuya —le dijo mientras tiraba de él para acercarlo a su pecho—. Si sabes que me voy tranquila a trabajar porque sé que Teo no podría estar en mejores manos.

Esas palabras hicieron mella en Mario que dejó escapar un par de lágrimas.

—Es que a veces parece que no valoras todo lo que hago en casa—

—¿Cómo no lo voy a valorar? ¡No he podido elegir mejor hombre para estar a mi lado!

La pareja se fundió en un gran abrazo que terminó con un beso de película que fue cortado por una pequeña voz que acababa de irrumpir en la habitación. Teo se echó a los brazos de su madre y los tres fueron a la cocina para reanudar el desayuno que habían dejado a medias antes de la discusión. Al terminar, volvieron al salón donde continuarían disfrutando en familia el poco tiempo que tenían hasta que Nina tuviera que partir hacia el trabajo. La hora llegó mucho más rápido de lo que todos hubieran deseado y tras despedirla en la puerta, padre e hijo subieron al piso superior para seguir jugando en el cuarto de Teo. Mario aún no había planteado qué iba a cocinar ese día aunque la última palabra la iba a tener el benjamín de la familia.

—¿Qué quieres comer hoy?

—¡Arroz con tomate! —gritó Teo sin dudarlo un segundo.

—¿Arroz otra vez? —no le convencía mucho la idea e intentó que recapacitara.

—¡Sii! Porfa, porfa, quiero arroz con tomate papi —continuó insistiendo.

En el momento en el que Teo pronunció aquel papi sabía que tenía la batalla ganada. No quiso entrar en bucle así que terminó accediendo a la petición. La comida no fue nada tranquila, Teo estaba muy inquieto y no paraba de moverse todo el tiempo. No aguantaba sentado en la silla ni cinco minutos y los granos de arroz llegaban hasta el pasillo. Mario no quería perder la paciencia, así que decidió pasar al plan B y ser él mismo el que le diera de comer. Con eso, y con la promesa de que por la tarde irían al parque, logró terminar aquellos minutos tan angustiosos. No le quedó más remedio que cambiar de ropa a Teo y poner una lavadora con ropa del pequeño, que era lo que más abundaba en el cesto de la ropa sucia. Sabía que pronto iba a llegar un nuevo dilema y era qué se iba a llevar al parque para jugar. Solía ser otro momento de tensión ya que, si

por el fuera, se lo llevaría todo pero, Mario le obliga a solo llevar una cosa. Luego tienen que regresar a casa y el que va cargado con todos los juguetes es él. Tras la última vez que pasó, juró que nunca más y hasta el momento lo había logrado cumplir. Teo estaba indeciso entre la bicicleta o la pelota pero no tuvo problemas en aceptar que solo podría llevar una de las dos cosas. A Mario le sorprendió, a la vez que le agradó porque estaba viendo que el hábito se había implantado en su hijo.

Solo eran las cuatro y media aunque de camino al parque tendrían como unos veinte minutos, por lo que llegarían a buena hora para encontrarse con otros niños, quizás incluso un poco temprano. Así fue, en el parque no había nadie pero eso no era impedimento para que Teo se lanzara a los toboganes como alma que lleva el diablo. Se sentó en uno de los bancos y, sin que hubiera llegado a acomodarse aún, escuchó una voz conocida a su espalda.

—¡Mario! ¡Qué alegría de verte! —exclamó aquella persona a la que aún no había puesto cara.

—¡Ah, hola! —contestó al darse cuenta de que se trataba de Elio, la persona que le ayudó a encontrar su nuevo trabajo.

—¿Cómo estás? ¿Con ganas de empezar ya a trabajar? —se interesó el hombre, entablado una animosa conversación.

—¡Claro! Por supuesto. Con muchísimas ganas. No sabes cuánto te agradezco que pensaras en mi para el puesto.

—Nada hombre, estoy seguro de que no existe una persona mejor en el pueblo para la vacante —le dio un par de toques en la espalda y cambió de tema —. ¿Qué haces por aquí? ¿Esperando a que Nina salga de trabajar?

—Sí, ya tiene que estar al caer.

—¿Y el pequeño Teo? ¿Con la abuela? —preguntó al ver al hombre solo en el parque.

—¿Teo? Está ahí —se dio la vuelta para señalar a su hijo pero no le vio.

El parque estaba vacío. Mario comenzó a sentir como toda la sangre de su cuerpo se helaba. ¿Dónde estaba Teo?